

La primera bomba atómica del mundo

En su juventud de estudiante en Berkeley, Oppenheimer había leído un texto sánscrito que le había impresionado. Aquellas milenarias palabras le vinieron a la memoria en la madrugada del 16 de julio de 1945, en el momento en que el cielo, en Alamogordo, se iluminó con el primer relámpago atómico de la Historia: «Ahora me he convertido en un compañero de la muerte, en un destructor de mundos».

El peso de la enorme responsabilidad de haber creado el terrible ins-

trumento de muerte no le abandonó jamás. A su lado, el general Farrell contemplaba la experiencia: «El desplazamiento de aire golpeó con violencia personas y cosas y después, casi inmediatamente, un trueno ensordecedor, terrorífico, interminable, nos reveló que éramos pequeños seres blasfematorios que habían osado tocar fuerzas hasta entonces reservadas al Todopoderoso». La mujer del científico Enrico Fermi cuenta que su esposo regresó a casa tembloroso y agotado. «Me dijo que no había sido capaz de conducir el automóvil; cosa extraordinaria, porque detestaba ser conducido por otra persona». En la ciudad de Alamogordo, a unos ochenta kilómetros del punto denominado Jornada del Muerto, en el que se hizo estallar la bomba, un ciego de nacimiento gritó: «¡Veo!»: el relámpago atómico había sensibilizado sus ojos muertos.



Cuando estalló en Alamogordo la primera bomba atómica, Truman estaba en la conferencia de Posidam. Le llegó el telegrama con la clave convenida: "El niño nació bien". Y su actitud cambió. Ya no necesitaba negociar. Estaba en posesión del arma absoluta...

trumento de muerte no le abandonó jamás. A su lado, el general Farrell contemplaba la experiencia: «El desplazamiento de aire golpeó con violencia personas y cosas y después, casi inmediatamente, un trueno ensordecedor, terrorífico, interminable, nos reveló que éramos pequeños seres blasfematorios que habían osado tocar fuerzas hasta entonces reservadas al Todopoderoso». La mujer del científico Enrico Fermi cuenta que su esposo regresó a casa tembloroso y agotado. «Me dijo que no había sido capaz de conducir el automóvil; cosa extraordinaria, porque detestaba ser conducido por otra persona». En la ciudad de Alamogordo, a unos ochenta kilómetros del punto denominado Jornada del Muerto, en el que se hizo estallar la bomba, un ciego de nacimiento gritó: «¡Veo!»: el relámpago atómico había sensibilizado sus ojos muertos.

Así nació, hace ahora un cuarto de siglo, la bomba atómica, y cambió en alguna forma el camino de la Humanidad.

to, desconocida; el mariscal Stalin pareció alegrarse, pero no hizo preguntas. No necesitaba hacerlas, porque sus servicios de información le habían comunicado todo. Y la actitud de Truman al negarse sistemáticamente —con Churchill— a toda petición soviética le indicó claramente que las experiencias atómicas de que había sido informado habían tenido un resultado satisfactorio para los Estados Unidos. La guerra fría había comenzado.

Los pensamientos de Truman sobre la experiencia atómica diferían notablemente de los de los hombres de ciencia. No compartía su énfasis ni su terror. «Consideré —escribió— la bomba atómica como un arma pura y simple y no me surgió la duda sobre la posibilidad de no utilizarla. Las más altas autoridades militares que me aconsejaban eran favorables a su empleo. Cuando le hablé a Churchill, me respondió, sin rodeos, que era también enteramente favorable, porque ello podía acortar el final de la guerra». ■ J. ALDEBARAN.



LA INVENCION DE LA TV

WASHINGTON.—La otra noche, en el decurso de una cena, cuando se comentaba el reciente triunfo de los conservadores en la Gran Bretaña, se planteó la siguiente cuestión:

—¿Cómo es posible que los ingleses hayan gobernado el mundo por espacio de más de doscientos años, mientras que los Estados Unidos apenas alcanzan a hacerlo durante veinticinco?

Un inglés presente en la cena contestó:

—Porque aún no se había inventado la televisión.

—Por supuesto —confirmó alguien.

—Es decir —prosiguió el inglés—, estaba inventada, pero fuimos lo suficientemente discretos para no divulgar el secreto.

Todos los comensales se miraron sorprendidos. Y el inglés continuó:

—Lord Cashmere of Rutlan inventó la televisión en mil setecientos setenta y cinco. Pueden ustedes comprobarlo en el archivo secreto del Museo Británico. En realidad, estaba tratando de inventar la radio, pero, en vez de sonido, le salió una imagen en el aparato.

—¿Qué clase de imagen? —preguntó alguien con escepticismo.

—La de un soldado flagelando a un anciano de las colonias.

—Eso es difícil de creer...

—En efecto. Pero el hecho es que lord Cashmere supo inmediatamente que acababa de descubrir algo muy importante, y llevó el aparato al Rey Jorge III. Hizo una demostración a la corte, a la sazón reunida en los páramos Televisión, en Gales.

—Probablemente, de ahí le viene el nombre —sugirió un comensal.

—Todo eso se encuentra en el archivo secreto —dijo el inglés—. La corte se impresionó con lo que veía. Soldados corpulentos, fornidos, en uniforme encarnado, golpeando a los pobres hombres de las colonias, pateando a mujeres y niños, incendiando sus hogares, perpetrando toda clase de atrocidades en aquellas lejanas aldeas...

—¡Lord Cashmere! —exclamó el arzobispo de Canterbury—. En nombre de Dios! ¿Qué es esto que nos ha traído?

Lord Cashmere le respondió:

—No estoy seguro, pero es posible que este invento cambie la humanidad. Piensen, mis nobles amigos, que las gentes, mediante este aparato, podrán presenciar los grandes acontecimientos de nuestro tiempo. Ya no dependeremos de los barcos para tener noticias. Podremos contemplar nuestras victorias en el instante mismo en que se produzcan. ¡Qué aliento para la moral del Imperio!

Todos aplaudieron, pero el general sir Ronald Paley, consejero militar del Rey, tomó la palabra:

—No es mi deseo echar agua fría sobre este cajón, pero... ¿me permiten, caballeros, que les diga que este chisme puede ser el fin del Imperio? ¿Creen ustedes que la gente permanecerá en silencio después de ver lo que estamos haciendo en las colonias o en cualquier otra parte? El país se dividirá. La fortaleza de Inglaterra consiste en que el pueblo no tenga idea de lo que hacemos en el exterior.

—Sir Ronald tiene razón —aseveró el Rey Jorge—. Si llevamos a cabo una guerra en las colonias, no quiero que el pueblo sepa lo que hacemos. Y si nos retiramos de ella, quiero hacerlo sin que el mundo entero lo sepa. Lord Cashmere: ha hecho usted un flaco servicio al país con este maldito aparato. Bajo la pena de perder su cabeza, le ordeno que lo entierre inmediatamente, y que no se le ocurra revelar su secreto. Así la Gran Bretaña seguirá siendo la reina de los mares.

Al llegar a este punto, el inglés hizo una pausa, que se llenó de la reflexión de todos los presentes. Hasta que uno de ellos se atrevió a preguntar:

—Entonces... ¿ustedes han guardado el secreto durante todo ese tiempo?

—Sí. Hasta que, hace treinta años, un antropólogo norteamericano, excavando en los Páramos, descubrió la caja. Se la entregó a la Radio Corporation of America. Y esta compañía, sin pensar en las consecuencias, comenzó a producirla a gran escala. Les imagino a ustedes capacitados para comprender que coinciden las fechas del comienzo de las dificultades de los Estados Unidos como potencia mundial y el día en que el invento de lord Cashmere estuvo al alcance de las masas.

—¡Menuda historia! —dijo yo—. ¿No le importa que la escriba?

—¡Hágalo! —me dijo el inglés—. El aparato ya no puede hacerle ningún daño al Imperio británico.

(Copyright 1970, The Washington Post Co.-Distribuido por Editors Press Service Inc.-Agencia Zardoya.)